

dinero por las nubes y no se cogen truchas...

—Como gustéis: pero ¡Dios me libre de que se quite en mi casa la honra á nadie! Además, yo no suelo tratar de pícaro á un hombre que se ha cenado en menos de un cuarto de hora media despensa, y que paga... y que pagará...

—En hora buena, señor Nuño. ¿Y qué nuevas trae de la corte el hombre honrado que ha cenado media despensa?...

—Que á la hora esta estará ya la corte en Otordesillas, adonde se traslada porque nos ha nacido un príncipe...

—¡Oiga! Tendremos mercedes.

—Sí, algún impuesto nuevo para sufragar á los gastos de las funciones,—dijo uno de los huéspedes.—¡Voto va! que para nosotros pecheros...

—Como gustéis, señores; pero mirad que mi casa...

—Voto á la casa, señor Nuño, que hemos de hablar y no nos habéis de quitar la conversación como la luz. A oscuras vemos aquí más claro que todos los hosteleros encandilados y por encandilar de Castilla y Andalucía. Vaya, ¿qué más dice el forastero? Echa otro trago, que aun queda luz en nuestros bolsillos para aclarar más de un punto.

—Parece que Su Alteza ha decidido que en cuanto llegue á Otordesillas, se reuna el capítulo de Calatrava y elija maestro.

—¡Voto va! Buena estará la elección, cuando ha elegido ya Su Alteza. ¿Y á quién, señor, á quién? A un hechicero más nigromántico que el mismo moro del castillo. ¿Y qué se le ha perdido al señor *pelo rojo* en Arjonilla?

—Más bajo, señores,—dijo el pobre hostelero, que necesitaba vivir con todo el mundo.

—Será de la pandilla que llegó ayer y que esperó fuera del pueblo á que anoheciera, sin duda por no enseñar algún punto que traería en las medias.

—Como gustéis,—repuso el hostelero.—Lo cierto es que llegaron al castillo, que pertenece en el día al de Villena; que les fueron abiertas las puertas; que el maldecido alcaide que le guardaba ha cedido las llaves al señor *pelo rojo*, como le llamáis, y que ha venido á hospedarse aquí, dejando en el castillo á su gente. Con respecto á ese punto que decís, hay quien asegura que han traído un prisionero...

—¿Un prisionero?

—¡Chitón!

—Vendrá á hacer compañía á la mora Zelindaja, que anda pidiendo su esposo á las paredes

del castillo desde el tiempo de Abderramen...

—¡Bah!—dijo el otro, comensal,—¿vos os creéis también de moros encantados?

—¡Chitón, señores, chitón!—repuso el hostelero;—lo que yo sé deciros es que no pasaría ni una hora, después de media noche, en el castillo. Mirad: yo había oído contar á mi abuela muchas veces la historia del moro mago y de la mora Zelindaja y del letrado árabe del castillo; y lo que sé decir es que nunca le dí un noven á mi abuela porque me lo contase, ni sus padres de ella le dieron una blanca porque lo creyese; lo cual digo para probar que nada se echaba ella en el bolsillo por la mayor ó menor certeza del caso. Pero como al hombre le tienta el diablo muchas veces para que dude de las cosas que ve, cuanto más de las que no ve, ni ha visto, ni verá, yo me tenía mis dudas, pesía á mí. Y era cierto que hacía ya algún tiempo ni se oían ruidos de noche en el castillo, ni voz de mora, ni de cristiana, ni...

—Adelante, Nuño, adelante.

—Como gustéis; pero hace cosa de meses comenzó á decirse por el pueblo que se había oído una noche á deshora rumor de gentes que habían entrado en el castillo, las cuales gentes no se han visto salir; quién sabe si serían gentes de estas que se usan: ello es que nadie los vió. Desde entonces ha tornado el run run de las cadenas y de las voces y de los espantos nocturnos, y lo que sé decir es que yo me pasaba una noche, no hace muchas, por el castillo, porque venía de trabajar la huerta que tengo más allá: bien sabe Dios ó el diablo que yo me traía conmigo todas mis dudas: era tarde ya, y oí efectivamente yo mismo una voz lamentable que decía á grandes gritos: «Esposo, esposo mío.» Mirad, aun se me hiela la sangre en las venas: levanté los ojos, y en una de las ventanas más altas de la torre, de donde parecían salir las voces, se veía una luz, pero una luz pálida y blanquecina que andaba de una parte á otra, y de cuando en cuando parecía ponerse por delante una sombra, más larga que una esperanza que no se cumple.

—¿Vos lo visteis?—dijo Peransurez.

—¿No lo creéis?—preguntó el hostelero, más espantado de la incredulidad de su huésped que del mismo caso que refería.

—Mirad,—contestó Peransurez,—toda mi vida tuve grandes deseos de conocer á un encantado, y nunca pude ver la cara á ninguno: desde que fui monacillo, y sacristán después de la Almudena, tengo ese pío. ¿Sois hombre

compañero, para apurar esta aventura y ver de hacer una visita á ese moro y á esa señora Zelindaja?...

—¿Qué decís?—interrumpió Nuño.—Como gustéis, pero os suplico que miréis...

—¡Quite allá, señor hostelero! ¿Qué decís vos, comensal?

—La verdad, señor Peransurez,—contestó su compañero,—que en esas materias... bueno es mirar dos veces...

—Vaya, ya veo yo que vos no servís para caballero andante y aventurero. ¡Voto va! ¡que no tuviera yo aquí en Arjonilla á mi amigo Hernando, el montero de Su Alteza!

—¿Para qué, señor monacillo y sacristán después de la Almudena, ahora montero y guardabosques?—preguntó Nuño con aire socarrón.

—¿Para qué, voto á tal? Desde que me hicieron guarda de los montes de esta comarca por Su Alteza, no he vuelto á emprender una sola aventura de las que solíamos acometer y vencer en nuestros abriles. Con Hernando al lado, ya me curaría yo de moros y malandrines, de encantadas moras y cristianas. Yo entraría en el castillo, ó quedaríamos en él entranbos encantados, ó desencantaríamos con la punta de un venablo al mago y á cuantos magos nos fuesen echando á las barbas...

—¿Entrar en el castillo decís, eh?...—preguntó sonriéndose el hostelero.

—¿Y por qué no?

—Más fácil sería entrar en vida en el purgatorio, señor monacillo y sacristán, montero y guardabosques.

—Eso no, ¡voto va! que para entrar en el castillo no he menester yo á Hernando, ni á nadie.

—¿Vos?—preguntó de nuevo el hostelero, soltando la carcajada;—aunque supierais más latín que todos los sacristanes juntos de Andalucía.

—Yo: apostemos,—repuso Peransurez,—picado de la risa del amo y de sus frecuentes alusiones á su sacristanía de la Almudena.

—De buena gana,—contestó Nuño.

—Una cántara de vino y media docena de embuchados de jabalí para todos los presentes,—gritó Peransurez dando una puñada en la mesa, que estuvo por ella largo rato á pique de zozobrar.

Al llegar aquí la conversación acalorada del montero Peransurez, acercáronse todos los que en el hogar estaban.

—Señores, sean vuestras mercedes testigos,—clamó Peransurez;—Nuño y yo...

—¡Peransurez!—dijo en voz baja al oído del montero exaltado un hombre de no muy buena apariencia que había entrado no hacía mucho en el mesón, y en quien nadie había reparado, tanto por su silencio, como por hallarse el amo de la venta entretenido en la referida discusión;—¡Peransurez!

—¿Quién me interrumpe?—gritó Peransurez volviéndose precipitadamente al forastero.

—Oíd,—contestó éste apartándole una buena pieza de los circunstantes, que quedaron chichisveando por lo bajo acerca de la apuesta, y de la posibilidad de llevarla á cabo, y del valor de Peransurez, y de la interrupción del recién venido.—¿Habláis seriamente, señor Peransurez?—dijo éste tapando todavía su rostro con su capotillo pardo.

—¿Cómo si hablo seriamente?—gritó Peransurez.

—Más bajo, que importa. ¿Insistís en lo que habéis dicho de aquel montero vuestro amigo?

—¡Sí, insisto, voto va! Cuando yo he dicho una cosa... una vez...

—¡Bueno! ¿Queréis montear con un amigo?

—¿Pero á qué viene?...

—Mirad...—dijo el recién llegado desembozándose parte de su cara.

—¿Qué veo?—exclamó Peransurez,—¿es posible? ¿vos?

—¡Chitón! Me importa no ser conocido.

—Dejad, pues, que cierre mi apuesta... y esperadme...

—No: ciad en la apuesta. El buen montero ha de saber perder una pieza mediana cuando le importa alcanzar otra mayor. Si queréis entrar en el castillo y desencantar á esa mora, nos importa el silencio.

—Pero ¡y mi honor!

—¡Voto va! por el Real de Manzanares, algún día quedará bien puesto el honor de vuestro pabellón. En el interin ved que nos ojean, y si no nos hemos de dejar montear, bueno será que no escatimen nuestro rastro. Os espero fuera y hablaremos largo.

—En buena hora,—repuso Peransurez.— Señor Nuño,—añadió volviéndose en seguida á los circunstantes,—un negocio urgente me llama. Mañana, si os parece, cerraremos la apuesta.—Dijo, y salió.

—¿No decía yo?—repuso triunfante Nuño;—¿no decía yo? ¡entrar en el castillo! ¿entrar? Como gustéis,—añadió volviéndose hacia la

puerta, por donde ya había salido Peransurez con el desconocido, —como gustéis, señor guardabosques; pero paréceme que haríais mejor en guardar vuestra lengua para contar esos propósitos á un muñeco de seis años, y vuestro valor para los raposos del monte.

Una larga carcajada de la concurrencia acogió benévolamente el chistoso destello de ingenio del triunfante posadero: en vano quiso el comensal de Peransurez defender á su amigo citando hechos de valor y atrevimientos suyos

de bulto y calibre. Quedó por entonces convenido que el que quisiera beber vino y comer embuchados no debía aguardar á que entrase Peransurez en el castillo, cosa reputada tan imposible realmente, como entrar en vida en el purgatorio, según la feliz expresión del hostalero, que se repitió de boca en boca, y que hizo abandonar el campo de la apuesta al enemigo, con notable descrédito de su honor y de su buena fama y reputación.



### CAPITULO TRIGÉSIMOTERCERO

Bien sabedes, vos, señora,  
Que soy cazador real;  
Caza que tengo en la mano  
Nunca la puedo dejar,  
Tomárala por la mano  
Y para un verjel se van.

*Rom. del conde Claros.*

—¿Vos, Hernando, en Arjonilla?—dijo Peransurez en cuanto se vieron apartados del ventorrillo todo lo que hubieron menester para no ser de nadie entendidos.—¿Podéis explicarme cómo habéis dejado el lado del doncel Macías, á quien servíais no há mucho, si mal no me acuerdo?

—Largo es de contar, amigo Peransurez,—repuso Hernando deteniéndose en un ribazo enfrente del castillo, desde el cual se descubría todo él perfectamente.—Pero si no tenéis prisa en este instante, si podéis atender á la llamada de mi bocina, os referiré cosas que os admiren, y veréis si tenemos montes y venado en abun-

dancia, lo cual haré con tanto más gusto, cuanto que me habéis prometido ayudarme en la montería que me trae á este bendito lugar.

Refirió en seguida el montero Hernando, lo mejor que pudo y supo, cuanto dejamos en nuestros capítulos anteriores relatado, ó á lo menos toda la parte que él sabía, que era lo muy bastante para poner al corriente á cualquiera de los negocios del doncel. Al llegar al punto donde dejamos nosotros á nuestros héroes al fin de nuestro capítulo XXXI, prosiguió Hernando en la forma siguiente:

—Habéis de saber, Peransurez, que desde el ojeo que dieron á mi amo en el soto de Man-